

Sociológica, año 22, número 63, enero-abril de 2007 pp. 213-244

Aventuras en el seno del Ejército Zapatista de Liberación Nacional: una conversación con Alfonso Toledo Méndez¹

María del Carmen Legorreta²

Gilles Bataillon³

LA INTEGRACIÓN DE UNA ENTREVISTA

El propósito de este artículo es presentar la experiencia de un guerrillero tzeltal del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), Alfonso Toledo Méndez. Nacido en la región de Las Cañadas, del municipio de Ocosingo, este joven indígena desde muy temprano formó parte de la organización clandestina creada por las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), al seno de las cuales recibió una formación de guerrillero antes de acceder a responsabilidades militares. La posibilidad que tuvo Carmen Legorreta de realizar una entrevista de este tipo se debe a su larga familiaridad con la región de Las Cañadas. Sus primeros contactos directos con la zona datan de 1986, cuando se hizo responsable de la Comisión Agraria de la ARIC⁴ y se encontró en relación permanente con delegados que representaban a un buen número de poblados de Las Cañadas. Este vínculo le permitió desarrollar lazos de amistad con ellos. En tal contexto Carmen conoció a Alfonso Toledo. Paralelamente, ella trabajaba en instituciones universitarias establecidas en San Cristóbal. De esta forma obtuvo una beca de la Universidad Autónoma de Chapingo para realizar

¹ Agradecemos a Joel Vásquez por su primer trabajo de transcripción y a Marie Bataillon por la traducción al francés de esta entrevista.

² Investigadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: clegorreta@servidor.unam.mx

³ Director del Departamento de Sociología de la Université de Caen, Francia, y profesor asociado a la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas, México.

⁴ La Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC) Unión de Uniones se inició en 1973; en 1986 agrupaba a cerca de cien poblados ubicados en los municipios de Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas.

estudios de maestría en desarrollo rural regional y su tesis fue publicada bajo el título de *Religión, política y guerrilla en las cañadas de la Selva Lacandona*.⁵ Después de esta investigación Carmen obtuvo una beca para cursar un doctorado en la Universidad de Toulouse, en Francia. Su nueva investigación (Legorreta, 2004) la llevó a realizar diversas entrevistas en Las Cañadas. Justo en ese momento —principios de 2001— volvió a encontrar a Alfonso Toledo. Él sabía sobre la publicación de su libro y, seguro de los lazos de amistad tejidos durante el trabajo de Carmen en la ARIC, le pidió que lo ayudara a escribir un libro sobre su experiencia como guerrillero.

Por otra parte, la estancia de Carmen en Toulouse y la organización —en conjunto con su esposo y con Thierry Linck— de un coloquio orientado a comparar las situaciones históricas y sociales guatemalteca y chiapaneca⁶ nos llevó a conocernos, a cotejar nuestras perspectivas de trabajo y a discutir sobre ellas con Juan Pedro Viqueira. Gilles Bataillon había hecho algunos años antes una tesis sobre la existencia de guerras internas en América Central y realizaba, desde hacía tiempo, una investigación antropológica sobre las guerrillas de los miskitos en Nicaragua. Tenía el proyecto de formar un grupo de reflexión para compartir las experiencias revolucionarias latinoamericanas. Su idea era también privilegiar los enfoques etnosociológicos y, más particularmente, la constitución sistemática del contenido de relatos de vida con actores de los movimientos armados, sin por ello descuidar o excluir otras fuentes de información.

Fue en tal contexto que Carmen Legorreta realizó esta larga entrevista. Nos interesó dar a conocer la experiencia de un guerrillero anónimo, a través de sus propias palabras y comentarios sobre su experiencia. A la inquietud de que se difundieran tales vivencias y de reflexionar sobre ellas correspondió la de Alfonso de dar su testimonio y su versión de los acontecimientos vividos en la guerrilla. Como le dijo muy claramente a Carmen, a él le importaba dejar evidencia de su participación en el EZLN, así como de las razones de su salida. Le interesaba explicar una historia, pero también disponer de un documento escrito al cual sus hijos pudieran acudir para saber de sus andanzas cuando fueran adultos.

⁵ Una versión francesa de la entrevista, incluida en la tesis de referencia, fue publicada en la revista *Communisme*, núms. 83-84, pp.123-161, diciembre de 2005.

⁶ Se trata del coloquio *Chiapas y Guatemala, conflicto y reconstrucción social*, organizado por la Universidad de Toulouse Le Mirail, Maison de la Recherche, IFEALT-GRAL, Toulouse, 24-26 de mayo de 2000.

La entrevista se realizó durante tres días. El relato, de más de veinte horas, se hizo en español; después fue transcrito para obtener un documento original sobre el cual efectuamos un trabajo de limpieza. Nos limitamos a suprimir las repeticiones, intentando guardar el tono mordaz y el uso del argot del interlocutor. Aunque nuestro entrevistado narró de manera extremadamente detallada el conjunto de su historia, escogimos presentar aquí sólo la parte correspondiente a los primeros años que pasó en el seno del EZLN, así como sus testimonios sobre el funcionamiento de la organización. Esta decisión fue nuestra y de Alfonso Toledo. Nosotros, por una parte, fuimos guiados por razones editoriales, pues queríamos elaborar un artículo que fuera el preludio a un libro que relatara toda su trayectoria, así como la de sus parientes y amigos. Razones de seguridad nos empujaron al fin, también en acuerdo con Alfonso Toledo Méndez, a conservar su seudónimo y pasar por alto algunos detalles reveladores de su identidad y susceptibles de provocarle represalias.

LOS TESTIMONIOS DE ALFONSO TOLEDO MÉNDEZ

Nos parece que el valor de los testimonios de Alfonso Toledo Méndez se encuentra no solamente en la posibilidad de restituir la vivencia de un protagonista, sino también en que permiten captar cómo esa vivencia se inscribe, para retomar las palabras de Jacques Revel, en “una compleja madeja de relaciones” entre los actores insertos en tiempos y espacios múltiples. Su relato de vida da a conocer igualmente las “modulaciones locales de la gran historia”;⁷ es decir, revela cómo un joven agricultor tzeltal se enrola en el EZLN y construye ahí, si eso se puede decir, su camino. El primer propósito de este relato es precisamente divulgar las reacciones de una persona que forma parte de comunidades en pleno proceso de cambio. Alfonso Toledo pertenece en efecto a las primeras generaciones de campesinos nacidos en el seno de las comunidades fundadas en Las Cañadas de la Selva Lacandona desmontadas por sus padres, hasta entonces peones acasillados de las haciendas de Ocosingo y de municipios vecinos. Los líderes de esos pioneros aprendieron como pudieron el español y rudimentos de lectura

⁷ Remitimos al prefacio que hizo Jacques Revel a la edición francesa del libro de Giovanni Levi (1989), *Le pouvoir au village*, así como a la obra publicada bajo su dirección (Revel, 1996).

y de escritura con el propósito de presentar sus solicitudes de tierra a la Secretaría de la Reforma Agraria. En esta experiencia los habitantes de tales comunidades advirtieron vívidamente que en la educación se hallaba uno de los mejores vectores de su emancipación social. El joven Alfonso Toledo es a este respecto perfectamente representativo de su medio: tiene ansias de aprender y está dispuesto a todo con tal de conseguirlo. El relato de sus primeros encuentros con los zapatistas versa sobre este aspecto muy nítido: poco le importan las perspectivas revolucionarias o reformistas, así como las opciones teológicas, no susurra ni una palabra sobre ello; tiene antes que nada ganas de aprender y está dispuesto incluso a numerosos sacrificios para lograrlo.

La presentación de su situación familiar es aún más reveladora de su deseo de libertad y de cambio. Anhela una doble emancipación: por medio del aprendizaje escolar y del alejamiento del círculo familiar. En este contexto se une a la guerrilla para aprender el oficio de zapatero y, sobre todo, con la esperanza de poder completar sus estudios y obtener su certificado de primaria. A pesar de que su relato insiste sobre la decepción relativa a no poder realizar estudios formales durante su primera estancia en una casa de seguridad de la guerrilla, en cuanto tiene la posibilidad toma inmediatamente la decisión de regresar a su seno, sobre todo cuando comprende que ello significará para él la oportunidad de ir a México. En fin, su mirada retrospectiva sobre el adoctrinamiento político al cual él y los otros reclutas fueron sometidos deja entrever, una vez más, una relación bastante prosaica respecto a estos temas. La propaganda revolucionaria le hace el efecto de un *blablabla*, muy poco significativo y relativamente indigesto.

La evocación de los seis meses que pasó en el Distrito Federal pone de relieve su gusto por lo novedoso, lo cual parece ser el principal motor de su acción. Cualesquiera que sean en efecto las dificultades o los puntos de fricción entre los aprendices de guerrilleros y sus instructores, es evidente que predomina el entusiasmo. Alfonso Toledo está tan orgulloso de su preparación militar como de la posibilidad que le ofrecen de continuar con sus estudios. El trabajo en la fábrica, al cual estará obligado por un tiempo, le parece de lo más normal; de esta forma participa en el financiamiento del EZLN. Al escucharlo uno descubre un tono nuevo cuando evoca a la organización de la cual se siente partícipe a partir de ese momento. Adolescente

en ruptura con su familia, participa a partir de entonces del proceso de incorporación en un nuevo organismo. La guerrilla representa muy claramente un mundo inédito que asocia con personas comúnmente separadas; “gente bonita” –burgueses, intelectuales– llegan a “profesionalizarse” a su lado en las casas de seguridad. Los profesores de universidad y los maestros de escuela contribuyen con bienes materiales –desde una casa hasta un carro– con el fin de financiar la preparación militar de los jóvenes indígenas. Poco importa aquí la veracidad del relato sobre las contribuciones de unos y otros, Alfonso expresa de manera muy clara su fascinación por el nuevo organismo al que se incorporó. Uno siente al narrador siempre encantado por la potencia y la capacidad de organización de la guerrilla, la cual tiene un parque de automóviles, atrae y pone en contacto gente que nunca hubiera imaginado conocer antes, puede armar y equipar un futuro ejército, trata con industriales proporcionándoles mano de obra y éstos le retribuyen al movimiento, etc. Esta organización también supo convencer a un buen número de dirigentes indígenas, miembros de la ARIC y catequistas, de unirse a su causa. En fin, la salida hacia los campamentos de la guerrilla y la recepción de su equipamiento de guerrillero representó todo un ritual de iniciación.

El regreso a Chiapas de Alfonso Toledo Méndez da lugar a una descripción muy detallada de las prácticas militares del EZLN. Se trata de un ejército organizado de la manera más tradicional, a la imagen de las guerrillas centroamericanas de los años setenta y ochenta, ya sea que se trate de movimientos de inspiración castrista o de diversas ramas de la *Contra* nicaragüense. Los modelos de honor no son solamente centroamericanos –el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en las vísperas de la victoria sobre Somoza, o el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) salvadoreño diez años más tarde– sino también los de Cuba y Vietnam. Las alusiones a estos modelos son más bien pruebas de que la victoria es posible y de que, de manera semejante a como Castro, el Ché y su puñado de compañeros pudieron llegar al triunfo, los nuevos zapatistas tarde o temprano también lo harían. Las descripciones de las formas de selección de los oficiales de diferentes rangos, la nomenclatura que sirve para designar los diferentes grados al interior del EZLN, el gusto por los desfiles militares, la creencia en el prestigio del uniforme ante las mujeres, ponen de nuevo en evidencia el predominio de un imaginario no menos que tradicional, en el que se valoriza la imagen del

guerrero civilizador encargado de poner en orden lo social.⁸ Nos recuerda también en un muy breve pero significativo comentario –“¡Cuidate! No vayas a decir nada, no te vayan a chingar”– que las críticas hacia la jerarquía y la salida de la organización eran actos que podían castigarse de manera muy drástica.

El tema de las razones del muy rápido crecimiento de las filas del EZLN a partir de 1987 amerita que nos detengamos un poco. Alfonso Toledo insiste sobre la importancia del reclutamiento de catequistas. Lázaro, el responsable en el origen de los reclutamientos, logró que la lucha armada tuviera una dimensión sagrada. “A partir de la palabra de Dios había que meterle en la cabeza a la gente que había que pelear. Eso fue lo que ayudó mucho, y por eso mucha gente empezó a incorporarse al EZ”. Esta observación nos invita aún más a reconocer algunos aspectos sumamente tradicionales de los resortes de la movilización zapatista. La instancia moral más elevada que quedaba en América Latina hasta los años 1970-1980 era la de la Iglesia católica y sus voces autorizadas: la jerarquía religiosa, desde los obispos hasta los sacerdotes y los catequistas. Este hecho se tornó evidente durante el periodo de las guerras internas en América Central (Bataillon, 2003), y no lo fue menos en este estado de México donde los hábitos religiosos tienen un peso indudablemente más fuerte que en muchas otras partes del país (Meyer, 2000). Dándole un aura religiosa a la lucha armada, Lázaro y los catequistas dejaban entender implícitamente que ellos tenían de alguna manera el aval de la jerarquía católica; ello se acentúa si consideramos que durante un buen tiempo el obispo Samuel Ruiz dejó crecer la duda en este aspecto antes de marcar al final muy claramente sus distancias con la opción armada (Legorreta, 1998; Tello, 2000). Imposible dejar de notar las similitudes entre ciertos mecanismos sociológicos en las movilizaciones centroamericanas y la chiapaneca, que no implican para nada la aparición de nuevos modos de acción, sino que por el contrario, indican el fuerte peso de los esquemas heredados de principios del siglo xx, e incluso de épocas anteriores.⁹

Las consideraciones finales de Alfonso Toledo Méndez sobre el vínculo entre el EZLN y las comunidades, así como sobre el lugar promi-

⁸ Véanse sobre este punto las consideraciones poco leídas de Daniel Pécaut sobre el peso de esos esquemas en el imaginario colectivo latinoamericano, en la introducción de su gran libro: *L'ordre et la violence* (1987).

⁹ He abordado el análisis de estas “continuidades” entre las guerras civiles nicaragüenses de principios del siglo y aquéllas entre la Contra y los sandinistas en un estudio reciente (Bataillon, 2005). Una comparación semejante tendría que realizarse en el contexto chiapaneco.

nente que ha ocupado Marcos en la zona, pone de relieve relaciones de poder contrarias a las prácticas democráticas. La influencia del EZLN sobre un buen número de asentamientos y el peso creciente de su líder cuestionan el funcionamiento de las comunidades creadas bajo un modelo más o menos democrático en Las Cañadas. Es poco probable que los mecanismos de delegación y control del poder por las asambleas hayan sido siempre modelos de virtud democrática. También es bastante improbable que no hayan sido el teatro de luchas de intereses. Se sabe que la migración hacia la selva se mezcló con la voluntad de escapar de los antiguos peones acasillados de las haciendas, esto es, de los poderes de los grandes latifundistas y de los caciques que controlaban el sistema de cargos en algunos municipios de Los Altos (Rus, 1995). Además, está documentado que los religiosos apoyaron a los colonos en este movimiento de creación de comunidades organizadas con modelos democráticos. Finalmente, la ARIC se inscribe en esta perspectiva reformista y pragmática. La aparición y aumento de autoridad del EZLN en la zona de Las Cañadas en los años ochenta transformaron indudablemente tal estado de cosas. La organización supo imponer su visión sobre lo ineludible de la acción armada ante una parte de la población. Con tal perspectiva, la orientó a reorganizar sus actividades en función de tal espera. Los pobladores no solamente dispusieron una parte de sus recursos obtenidos con dichas actividades para la conformación de una fuerza armada controlada por el núcleo dirigente del EZLN, sino que también aceptaron la tutela de nuevas autoridades militares designadas por esa organización a nombre de los nuevos imperativos político-militares: “En esta guerra la democracia no sirve de nada”. La nueva posibilidad de las carreras político-militares sin duda no contribuyó poco a seducir a una parte de la juventud de las comunidades. Alfonso Toledo Méndez es un muy buen ejemplo.

Es en este contexto que se construye el carisma de Marcos sobre bases que reproducen esquemas políticos mexicanos perfectamente tradicionales. También él se impone a los indígenas por sus conocimientos, no solamente técnicos, sino por un discurso que da sentido a sus experiencias fraccionadas: “Marcos sabe un montón de cosas, está mejor preparado”. En fin, la indudable abnegación del subcomandante, su capacidad de vivir en la montaña —“en las peores condiciones”, “él no se enriquece”—, hicieron de él una especie de personaje cuya autenticidad y veracidad lo revistieron de un aspecto “crístico”,

propicio para eliminar cualquier debate racional sobre los medios y fines del EZLN. Tal discusión y la posibilidad de cuestionar los poderes del subcomandante se hicieron cada vez más difíciles, en la medida en que ponían en duda las nuevas redes de poder que competían con las nacidas de la experiencia colonizadora y la migración de las haciendas. A partir de tal situación no se trató sólo de una cuestión meramente moral o política, sino que implicaba también intereses sociales de los grupos que competían por alcanzar una condición más ventajosa: los catequistas de la Iglesia católica, por un lado, y los miembros del EZLN, por el otro. No hay ninguna duda de que el testimonio de Alfonso Toledo Méndez es, en muchos aspectos, no solamente opuesto al relato de la historia del EZLN según la versión del subcomandante Marcos, sino que lo contradice punto por punto (Le Bot y Najmann, 1997). Poco importan aquí las posturas de Marcos y su veracidad, que es una vez más puesta en duda. Nuestro propósito no es oponer un discurso al otro; consiste simplemente en buscar establecer los hechos y encontrar el sentido que les han dado los actores en su momento. Se espera proseguir con una investigación dirigida sobre la base de relatos de vida de diferentes actores que han sido parte de la historia reciente de Chiapas; con ello se pretende escapar de las descripciones generales e idílicas.¹⁰ Se pretende, por último, inscribir estas investigaciones en los estudios comparativos con las experiencias revolucionarias de América Central de los años setenta y ochenta y en las reflexiones que éstas han provocado.

¹⁰ Remitimos para un buen panorama sobre este problema a dos autores que proporcionan bibliografías comentadas y muy consistentes sobre Chiapas: Juan Pedro Viqueira (2002) y Jérôme Baschet (2005), cuya bibliografía es realmente muy detallada.

ENTREVISTA CON ALFONSO TOLEDO MÉNDEZ*PRIMEROS CONTACTOS CON EL EZLN*

¿Cómo fue tu primer contacto con el EZLN?

Estaba estudiando la primaria en un albergue y terminó el año. Fuimos de vacaciones, pero cerraron el albergue. Regresé a la comunidad bien decepcionado, porque tenía muchas ganas de seguir estudiando. No terminé la primaria, quedé hasta quinto año. En 1983 regresé a mi comunidad y me dediqué a trabajar en la milpa. Entonces me dijo mi papá: “Te vas a encargar de trabajar, porque ya casi no puedo estar en la chamba”. Mi papá era delegado de la organización “Quiptica Lecubtesel” y salía a las reuniones generales. Estuve trabajando en la milpa, cortando café. Lo que me encabronaba mucho es que a mi papá le gustaba mucho tomar [alcohol] y nosotros levantábamos la cosecha de café. Mi papá venía a Ocosingo y se terminaba en las cantinas todo el dinero de la cosecha. Regresaba y le preguntaba: “papi, qué me trajiste”; “nada hijo, se acabó la paga”. Eso nos molestaba a mis hermanos y a mí. Entonces dijimos: “Mejor busquemos trabajo con otras gentes que nos paguen a nosotros”. En el 84 estaba trabajando en una comunidad de la selva, y fue cuando en una de esas ocasiones encontramos en el río a un señor que se llamaba Benjamín. Una vez que nos fuimos a bañar me preguntó qué hacía yo, y le dije: “Pues ahorita nada. Estaba estudiando, pero la escuela en que estaba estudiando ya no continuó”. Me dijo él: “Si quieres aprender a leer y a escribir más, nosotros te podemos llevar a otro lugar. Ahí donde te podemos llevar hay escuelas y todo, no vas a gastar en comida, en calzado, todo te lo vamos a dar”. Llegó enero del 85; entonces me dijo: “Prepárate, en febrero te llevamos a la casa”. En ese entonces no sabía qué era un guerrillero. Me dijeron que era una casa donde existía un taller de zapatería. Le dije: “Está bien, quiero aprender a hacer zapatos”. Llegó el 14 de febrero y nos recogieron en la casa de la ARIC Unión de Uniones, donde estaba la combi que nos iba a llevar a Chiapa de Corzo. Ahí sí, no había otro trabajo más que la zapatería. Había momentos en que nos decían: “No pues la política es así, unos señores están matando a la gente, y ustedes son unos campesinos que no saben nada”, “¿será que no se puede hacer nada con esta gente?” “Se puede –nos respondían– pero tenemos que prepararnos”. Eso nos decía la compañera Victoria, que era la responsable de esa

casa de seguridad. ¡Imagínate! nosotros estando tan jodidos e ir a pelear contra esa gran burguesía tan tramposa, contra los militares, los aparatos represivos. No nos entraba en la cabeza. Pero entre tanto te dan ejemplos: “Miren, en El Salvador están peleando. Miren en Nicaragua, Daniel Ortega era guerrillero y ahorita es presidente de la república socialista. La Unión Soviética era un país capitalista y ahorita es un país poderoso y socialista. Pues esa gente son los que nos van a respaldar. Son los que nos van a ayudar para que los gringos no nos vengán a joder”. Y ahí empezaron a mostrarnos cómo es el comportamiento del ejército, de los grandes terratenientes, de los grandes monopolios, de los grandes dueños y del gobierno. Estuvimos dos meses allá. Yo estaba muy ansioso porque me dijeron que me iban a llevar a la escuela, pero resulta que no. De vez en cuando me arrepentía de haber ido ahí. Me decía: “¿Por qué me vine?, quiero estudiar. Sí lo que quiero es el papel”. Estando allá sí me estaban enseñando, español, matemáticas, pero el papel no me lo iban a dar. Entre tanto todos los días nos estaban dando clases de política. Una o dos horas de clases del sistema socialista, dos horas del sistema capitalista. Nos explicaban punto por punto: “Estos son los medios de producción. Estas fábricas son las que producen muchísimo. ¿De dónde sale la ganancia?, ¿quién produce el café?, ¿a qué precio lo venden?” Cada vez nos iban soltando más información. Aunque no nos dijeron luego luego que en la selva ya hay una guerrilla. Lo que sabíamos es que todos teníamos cambiados los nombres. Desde que llegamos a Ocosingo nos dijeron: “Tú te llamas Francisco, y a partir de este momento te vas a llamar Juan. Para que los demás no vayan a conocer tu nombre real”. Pero no nos explicaban por qué teníamos que cambiar de nombre. Los que estaban antes que nosotros en la casa de seguridad ya sabían todo. Cuando llegamos nosotros no sabíamos de qué se trataban esas casas. Pero un día, en una mesa, cuando estábamos viendo que en la selva mucha gente campesina estaba siendo desalojada por defender su pequeña propiedad en el 85, nos dijeron: “¿Sabén qué? Nosotros sabemos que hay un grupo guerrillero ahí. Hay que apoyarlos. Vamos a enfrentarnos al enemigo, pero con mucha gente, no con ustedes nada más. Ahora hay mucha gente que está con nosotros y está dispuesta a aceptar. A los únicos que todavía no les ha llegado bien esa información son ustedes”. Entonces fue cuando nosotros empezamos a entender bien de qué se trataba. “Si ustedes no quieren pelear, va a haber otras gentes

que sí quieran. Pero aprendan a fabricar zapatos para esas gentes”. Sólo nos dijeron que era un grupo guerrillero, pero no nos dieron su nombre.

A los dos meses de haber llegado a esa primera casa de seguridad nos dicen: “No hay presupuesto. Tienen que regresar a su comunidad. Vayan y piensen bien si quieren entrar al ejército. Pero ahora ya no van a venir acá, sino a la ciudad de México, para que se preparen más”. Cuando llegamos a la comunidad mi papá me preguntó qué había pasado. Le contesté: “No hubo dinero para la comida y por eso nos dijeron que nos regresáramos”. No le quería decir a mi papá la verdad, porque tomaba mucho y me daba miedo decirle de qué se trataba realmente. No me gustaba la idea de regresar a mi comunidad, porque mi papá tomaba mucho, y como ya éramos grandes, no nos dejábamos maltratar y nos peleábamos con él. Por eso prefería no estar ahí.

SALIDA A LA CIUDAD DE MÉXICO

Ya a finales de junio llegó un señor que se llama Frank. Benjamín me lo había presentado. Me dijo: “Si quieres ir a la ciudad de México puedes irte ahora mismo. Allá sí vas a prepararte en la política y en lo militar”. Como no me gustaba estar en la comunidad, ni con mi papá, entonces le dije a Frank: “Sí, ¿cuándo va a ser?” El me respondió: “El 6 de julio te vas”. El 6 de julio de 1985 me volvieron a recoger en Ocosingo. Llegamos como a la una de la mañana otra vez ahí mismo, en la casa de seguridad de Chiapa de Corzo. Esta vez me puse el nombre de Pedro. En la casa de seguridad nos dijeron: “Ahora no hay salida para México, así que van a aguantarse para otro día”. “¿Cuándo va a ser?”, pregunté yo. “No sabemos, tal vez la próxima semana”. “Si es así me quedo”, pensé. Yo quería ir a la ciudad de México para conocerla. ¿Quién de la región iba entonces a conocer la ciudad de México? ¡Nadie! Entonces nos enseñaron a hacer la comida. La responsable, que se llama Lucha, me dijo: “Quiero que aprendan a desarmar las armas y a limpiarlas”. Tenían buenas armas. Nos decían: “Van a ser mandos en el ez si quieren prepararse”. Nos tocaba hacer la intendencia. ¡Nunca en mi vida había hecho comida! Cuando me tocó hacerla se quemó el arroz. Me dijeron: “Pedro, vamos a salir a la ciudad de México el 11 de julio, y mientras todos los días tú vas a hacer la comida, para que aprendas a cocinar”. Cuando llegó el

10 de julio estaba contento, porque iba a ir a la ciudad de México y ya iba a dejar la intendencia. Estaba con nosotros Elisa, la comandante. Ahora ya estaba preocupado: “Voy a alejarme otra vez”.

Era la primera vez que viajaba tan lejos. Con miedo pensé: “Ya no voy a regresar a mi tierra”. Llegamos a la ciudad de México. Después nos dijeron: “Vamos a la casa de Pablo”. Como media hora antes de llegar a la casa Lucía dijo: “A ver hijos, cierren sus ojos”. Yo en vez de cerrarlos los tenía medio abiertos para conocer, pero ellos nos decían que no podíamos conocer el lugar. Al llegar Lucía dijo: “Nosotros nos vamos a ir porque ya es tarde”. Nos acomodaron y luego nos llamaron a una reunión. Había otros compañeros que ya estaban ahí. Todos éramos de Chiapas, la única no chiapaneca era la responsable de la casa, que era chilanga. Nos dijeron: “Va a haber un orden del día, y [en él] van a ver diario que cosas les tocan”. Nos dijeron que era una casa campamento de los futuros insurgentes, y sobre todo de la gente que iba a aprender el combate de cuerpo a cuerpo, que íbamos a aprender la organización militar por zona. Hacíamos ejercicio en la mañana. Había que saber dónde tirar: “Hay que tirarle en los puntos vulnerables del cuerpo”. A las doce del día nos íbamos a las pláticas políticas. Más adelante nos llevaban a las fábricas. Vimos cómo trabajaban los obreros, las condiciones en que trabajaban, cómo les pagaban. Yo trabajé en una fábrica de plástico, porque también necesitábamos dinero para comer, entonces el grupo que estábamos en la casa teníamos que trabajar en la fábrica. Había un camión de tres toneladas y teníamos que ir a cargarlo de material para transportarlo a otra fábrica; transportábamos rollos de plásticos. Nosotros no cobrábamos el dinero, la maestra llegaba y cobraba. En ese caso nunca pude entender.

Había una casa de seguridad donde estaban las costureras, puras muchachas, y siempre nos daban ganas de ir con ellas. Luego nos llevaban a otra casa de seguridad, donde había un taller de zapatería. A mediados de 1985 nos dijeron cómo estaba el EZ; nosotros sabíamos que en la selva estaba el teniente Germán, que en ese entonces era capitán, que había compañeros que se estaban preparando, había un grupo guerrillero que se llama Frente de Liberación Nacional, porque ellos vinieron en 1983. El 17 de noviembre llegaron a Tierra y Libertad, llegaron con el nombre de Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Para mí era una organización muy avanzada, me preguntaba de dónde salían tantos vehículos; de repente me to-

paba con algunos e iban con una Caribe, y luego otra gente ya iba con un wv, y les preguntaba: “¿y este carro?”, “es de la organización”, me contestaban. De repente llegaba a alguna casa y ya estaba equipada. Bueno, decía, “¿por qué tienen tanto?, ¿es que esta casa es de la organización?”; y me ponía a pensar: “¿cómo le hacen para mantener tanta gente en la ciudad?”, porque hay casas en las que puedes encontrar de quince a veinte gentes. Fijaban una cuota a los maestros que daban clases en las universidades, quienes cobraban y tenían que entregarla a la organización; no eran sólo maestros universitarios, sino también de primaria y secundaria, que eran militantes. También vendían boletines clandestinamente. En ese entonces el que existía era *La verdad de los obreros*. Era para denunciar la explotación en las fábricas. Había muchos obreros que llegaban a las casas de seguridad. Todos estos eventos fueron muy importantes para mí, porque conocí a más compañeros, convivimos con mucha gente; inclusive aprendí a ir con otros compañeros a otros puntos de la ciudad de México. Ahí tuve la idea de que era muy grande la organización, porque alcancé a ver que tenían automóviles, carros de tres toneladas, y ¿cómo encontraban eso? Alcancé a entender que también hay gente con dinero que se iba a las casas de seguridad, a *profesionalizarse*. A veces veíamos lo que tenían ellos, a veces entregaban un carro a la organización y a veces regalaban una casa. Había gente que tenía fábricas de zapatos y aportaban zapatos para el EZ. Los mandaban directamente con el comandante Germán para que los distribuyera. Estuvimos como seis meses en la casa campamento; cada quince días o cada mes nos sacaban a pasear a diferentes partes de la ciudad de México. En septiembre nos avisaron que había que prepararse para bajar a la selva, y en la casa de seguridad nos dieron unas armas.

Marcos estaba acá desde 1984, pero yo no sabía mucho qué pasaba entonces en la selva. Sabía en ese momento que los miembros de la organización estaban tomando comunidades completas. Donde estaban convenciendo, donde habían hecho presencia, la gente formaba parte como base de apoyo del EZ. Había más compañeros que se incorporaban directamente al EZ. Esta gente iba directamente al campamento. La ventaja fue que cuando yo entré mucha gente no sabía de qué se trataba; la idea del zapatismo apenas estaba llegando a las comunidades, entonces salíamos escogidos muy pocos y nos pudieron mandar a la ciudad de México. Cuando yo estaba ahí sabía

que había dos campamentos en la selva por lo menos, uno en donde estaba la comandante Elisa y el otro donde estaba el comandante Germán.

En ese entonces el primer comandante Germán estaba casi siempre en la selva, y el comandante Rodrigo era el segundo jefe y Elisa era la tercera; de ahí seguía Gabriela. Ella no tenía ningún rango militar, pero como esposa del comandante Rodrigo era el cuarto jefe de la Dirección Nacional. Lucía no tenía ningún rango militar, pero por ser la esposa de Germán era el quinto jefe de la Dirección Nacional. Germán se juntó primero con la compañera Lucha, pero más adelante se dejaron, entonces se juntó con esta compañera que se llama Lucía; ya el sexto era el capitán Marcos.

¿Cómo fueron convirtiendo a las comunidades en zapatistas?

Desde un principio los jefes de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) dijeron que la estrategia era así: “Vamos a organizar a la gente, para lograrlo vamos a buscar contacto en algunos puntos y sobre esos contactos integramos a sus hijos. Después ellos nos ayudan a hacer el contacto en la selva”. Es lo que hicieron. En un principio los compañeros venían aquí a Chiapas, sobre todo se dirigieron a la diócesis. Aquí conocieron a un señor que lo conocí con el nombre de Paco, que es de un ejido que se llama Cárdenas, municipio de Sabanilla, era de los que participaban en la diócesis de San Cristóbal. Ya que tuvieron los primeros contactos ahí, lograron hablar con algunos señores de las comunidades, les pidieron a sus hijos para llevarlos a la ciudad, los llevaron allá a formarlos políticamente. Y ahora sí, ya eran campesinos. Entonces debían ir a las comunidades a reclutar a más gente, porque como mestizos a lo mejor no les iban a hacer caso. Acá a Lázaro, a Pancho Gómez, a Pancho López, a los líderes regionales ya los habían reclutado mucho antes que a mí. Desde el 85 cuando yo salí a México, ellos ya conocían todo. Entonces los miembros de la dirección se dirigieron a estos líderes, porque sólo ellos podían convencer luego luego a las comunidades. La gente decía: “En Tierra y Libertad, ¿con quién hay que ir?”: “Con Pancho”, porque él era el líder en esa comunidad. Después fueron Candelaria y Ferriandino, él era un prediácono de la iglesia, y controlaba a su comunidad. En Las Tacitas a quien van a ver es a don Lázaro, él tenía el mando de toda la región. Por ejemplo, con sólo hablar con don Lázaro quiere decir que estoy hablando con cientos de gentes. Lázaro era

gente respetada por ser el único líder de todos los prediáconos. Después de que líderes como Lázaro eran reclutados también ellos escogían desde un principio a otros líderes. Por ejemplo, Lázaro u otro líder regional iban con el jefe de una comunidad, éste después iba con la persona que se lleva muy bien con él: “Aquí mi compadre se lleva muy bien conmigo, yo sé que no me va a traicionar, voy a soltarle el rollo de la guerrilla y no va a decir nada”. Después esa persona iba a buscar a otras personas que se relacionaban con ellos, y así iban creciendo.

Llegó un momento en que tuviste que partir de la ciudad de México a un campamento en la selva, ¿cómo fue ese cambio?

Desde antes de Navidad llegó el comandante Rodrigo. Él nos avisó que teníamos que irnos a la selva. El primero de enero nos dijeron: “Mañana se van a la selva”. Entonces tuvimos que arreglar las maletas. Nos vinimos en un camión de tres toneladas; ahí también venían nuestras armas. El viaje nos llevó como tres días para llegar hasta el campamento. El día tres llegamos a una comunidad como a las siete de la tarde. En el carro donde hicimos el viaje había como ocho o nueve obreros, que venían por un encuentro obrero-campesino. El capitán Marcos había organizado ese encuentro. Ya habían ahí otros insurgentes que estaban esperando la carga que traíamos en el camión. Eran varios costales de medicina, iba hasta comida. La gente de la comunidad a la que llegamos la tuvo que cargar, ir a dejarla hasta la comunidad que estaba más cerca del campamento. Ahí había otras gentes que se encargaban de llevarla al campamento.

REGRESO A CHIAPAS, AL SENO DEL EZLN

Ya el día cinco nos dirigimos al campamento “El Encuentro”. Cuando me dí cuenta mi papá también estaba ahí. Me dio gusto ver a mi papá; me abrazó; ya me vió con uniforme, con arma. ¡No, pues le gustó la idea! Porque yo venía a la selva para reincorporarme al EZ y ya venía equipado con mi uniforme, con mis armas, entonces como que eso también le gustó. Me abrazó y me dijo: “Qué bueno hijo que estás acá, espero que algún día también seas jefe aquí”. Yo le respondí que iba a tratar de hacer lo mejor que pudiera. Luego saludamos a los compañeros, y cuando veo ya había hasta mujeres de las comuni-

dades, gentes que conocíamos ya estaban ahí. No, pues ya nos respetaban porque veían que estábamos uniformados. Me dio gusto, porque vi que no estaba solo; vi un gran cambio, porque en ese momento había mucha gente del EZ. Había como quince insurgentes, pero gente de las comunidades eran como veinte o treinta; aparte llegaron más, llegamos a ser como sesenta con todo y los insurgentes en ese día. Los obreros se saludaron con los campesinos, fue un día muy alegre. Se hizo una fiesta de bienvenida. Vi que los compañeros ya tenían vigilancia: hay un grupo de cuatro gentes que se encargaban de vigilar las entradas y salidas de los compañeros, habían hecho pozos para esconderse, trampas para correr si era preciso. En ese entonces ya Marcos tenía organizada su defensa. Había compañeros que estaban en la guardia, ellos cuidaban la entrada; si nos autorizaban, pues pasábamos, y si no había que esperar. Tenían un campo de entrenamiento. Marcos había mandado a poner unas bancas y un salón grande para que ahí se llevara a cabo el encuentro obrero-campesino, tenía una armería, un lugar para la intendencia, para las medicinas, para hacer la comida, y un lugar para guardar la comida. Al día siguiente de nuestra llegada al campamento Marcos me eligió como parte de una sección, que se compone de cuatro gentes, tres elementos y un mando, que es el mando de la sección, el grupo más pequeño del EZ.

¿Cómo fueron los primeros días en el campamento?

Me di cuenta que ya no batallábamos nosotros porque ya conocíamos. Mientras pasó el encuentro obrero-campesino estábamos en la política con ellos, porque la plática era lógicamente la situación del obrero en la ciudad y la situación del campesino en cuanto a la producción y a la tierra. En lo que sí coincidían exactamente la situación de un obrero y un campesino es en que viven prácticamente muy jodidos; y el campesino, que como quiera ellos tienen una pequeña propiedad, pero no saben trabajar la tierra por falta de crédito o de apoyo al campo. Don Lázaro y don Santiago dieron las pláticas de la situación de los campesinos.

¿En las FLN se planteaba que los obreros debían ser la vanguardia?

Así era, desde un principio me di cuenta que para ellos eran más importantes los obreros, porque ellos tenían el contacto directo en la fábrica. Germán decía: "Lo importante es paralizar los medios de producción, y para eso la gente importante está en la fábrica. En el

momento que haya una insurrección los obreros deben paralizar”. Ahí estaba la importancia. Pero no se avanzaba mucho el trabajo con ellos porque la verdad es que allá era difícil convencer a la gente en la ciudad, allá ellos tienen más acceso a la información, ven la televisión, la noticias y lo que está pasando en otros países, no es tan fácil convencer a esa clase de gente. Por otro lado, aunque sí tuvieron esa idea de que había que reclutar a más obreros porque eran una parte importante, no era tan fácil el reclutamiento. En las fábricas es más difícil, porque está la policía. En cambio, en las comunidades no llega gente que te saque información.

¿Cómo era un día normal en el campamento?

Ya fue muy diferente a las casas de seguridad, porque estando en la montaña Marcos tenía un horario para dar el orden del día, por ejemplo, a las cuatro de la tarde. Entonces todos nos formábamos en el campo de entrenamiento y ahí leía el orden del día siguiente. Entonces uno ya sabe que es lo que le corresponde hacer cada día. Otros trabajos que se hacían era preparar la defensa, abrir zanjas, hacer pozos para esconderse, salir de cacería o ir a explorar la selva, saber manejar la brújula, también salíamos a abrir pequeños caminos en la selva. Había que conocer dónde había agua y los cerros más altos, porque a Marcos le gustaba usar los puntos más altos, pero que tengan agua abajo; esto sirve para la comunicación. Se desarrolló mucho la comunicación por radio. Había que buscar el punto más alto, para que ahí mismo puedan poner el aparato y comunicarse con toda la región, entre más alto esté más lejos llega la señal. En un principio la gente no conocía el radio, hasta que un día Marcos empezó a probarlo, y se llegó a avanzar mucho en eso. Al final de cuentas cada comunidad y ranchería ya tenía su radio. El problema es que hay radios que no llegan tan lejos, por eso se estableció un horario para todo. Porque si una comunidad quiere hablar con otra comunidad y si no alcanza la señal, hacen que un señor que está en medio pase el mensaje.

En la forma de organizar el trabajo siempre íbamos de dos en dos; la sección siempre se repartía en dos partes, pero cuando se puede va toda la unidad completa, hasta a veces toda la compañía. La compañía es de tres secciones compuestas por cuatro gentes, que eran doce personas, más un muchacho que lleva la radio y se dedica a la transmisión, y un muchacho o una muchacha que atendían los

primeros auxilios, serían catorce, más el capitán son quince. Aparte se hacía guardia, nos tocaba hacer casas para guardar los alimentos, a veces íbamos a visitar grupos de gentes en las comunidades, a dar clases de política con la gente en sus comunidades. Si sabíamos que en alguna zona se está moviendo el ejército había que poner guardia toda la noche. A veces piensa uno: “Esto no es posible, si no veo nada de noche no podemos usar ni foco de mano”; estábamos totalmente en la oscuridad, y también eso era parte del adiestramiento militar.

¿Tú también empezaste a reclutar gente?

Pues de este lado el contacto ya no lo hicimos, porque el trabajo ya lo había hecho don Lázaro. Lo único que debíamos hacer en las comunidades era reforzar ese trabajo. Concientizar a la gente, enseñar la política, cuál es la situación del obrero, del campesino, el aparato represivo que tiene el gobierno, cómo había avanzado el socialismo en ese entonces, cómo iban las luchas de Centroamérica, prácticamente ese era el trabajo. Yo también hice ese trabajo de concientización. Me acuerdo de un momento en que en El Salvador estaban tomando el hotel Sheraton, y estaban muy avanzados, había que emocionar a la gente, y entonces llegé a una comunidad y le dije a la gente: “¿Saben qué señores? Ahora nos toca ver el tema de la lucha de Centroamérica, cómo van los avances en lo que es la guerrilla. Ahorita Guatemala está avanzando, pues han tomado varias cabeceras municipales. Sobre todo quiero que ustedes se den cuenta que en este momento los salvadoreños tomaron el hotel Sheraton,¹¹ quieran o no lo quieran creer, pero si quieren prendan su radio y pónganse a escuchar, y ahí van a escuchar que el Frente Farabundo Martí ya tomó el hotel Sheraton, ya agarraron a los asesores gringos cagando en el baño, y con esto dan ganas de organizarnos más porque estamos viendo que los compañeros están avanzando. ¿Será que va a venir otra gente a luchar por nosotros?” Y todo el mundo se rió y dijo: “¡No, pues no! Sí somos capaces también de hacer una lucha en nuestro país, porque si no lo hacemos nosotros nuestros hijos van a quedar tal y como están, y qué dolor para ellos porque no hicimos nada por ellos!” Y pues era una plática para animar a la gente.

¹¹ Esta última ofensiva de importancia del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional tuvo lugar en noviembre de 1989.

¿Cómo eran los adiestramientos militares en los campamentos?

Pues con el capitán Marcos casi nunca hubo un horario; por ejemplo, decir que a las ocho de la mañana había entrenamiento militar, sino que se hacía a la hora que se le ocurría: que si estás durmiendo y de repente suena la alarma, hay que levantarse y asomarse al campo, que si a media noche suena la alarma hay que estar en el campo y a esa hora hay entrenamiento, a la una o tres de la mañana. A veces había que quedarse con las botas puestas y buscar la forma de poner unos palos rollizos y dormirse ahí, porque esos te molestan, ahí estás medio despierto, y así decía Marcos: “Es que la confianza mata, hay que ser desconfiado”. Marcos era el que nos daba desde un principio las pláticas y las clases militares, pero conforme fue pasando el tiempo nos daba a conocer también las clases de balística, porque cada arma tenía su diferente alcance. El entrenamiento ideológico al interior del campamento era de todos los días. Nos hablaban más que nada de cómo era el Che Guevara, de Lenin poco. Nos decían que íbamos a hacer guerra de guerrillas. Nosotros veíamos que ya teníamos gente, pero siempre seguía en su cabeza que se iba a hacer una guerra de guerrillas, y para eso él estudiaba mucho el libro del Che. Marcos se ponía a leer libros de Omar Cabeza,¹² del Che, de Fidel Castro, de Lenin.

¿Qué sentimientos tenían los miembros de la guerrilla, cómo se sentían?

Nosotros nos decíamos que estábamos haciendo algo en beneficio de la gente, defendiendo a nuestro pueblo; porque en ese entonces no pensábamos que había que liberar el estado de Chiapas, sino que pensábamos que había que hacer una guerra a nivel nacional, nunca llegábamos a imaginar que iba a ser una lucha nada más en Chiapas. Porque desde un principio la plática que nos daban era que la guerra iba a ser a nivel nacional, había que pelear por un sistema socialista, cambiar el sistema capitalista. Era lo que nos decían y pensábamos que sí iba a ser así, y esto era lo que teníamos en la cabeza. Pero siempre hubo gente que trataba de desmoralizar a los demás: “¿Cómo ven cabrones, será que vamos a poder? Yo pienso que no”. Así como que jugando, también decían: “Yo pienso que debemos

¹² Guerrillero sandinista autor de una autobiografía, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982), varias veces publicada en español, traducida al inglés, con un prefacio de Carlos Fuentes, y también al francés.

irnos a la comunidad, que debemos ir a trabajar”. Y a veces entre nosotros teníamos que animarnos, o si no les advertíamos: “¿Sabes qué?, ¡cuídate!, no vayas a decir nada porque te van a chingar. Está bien si no quieres seguir adelante, pero cállate, no digas nada”.

¿Para entrar al EZ tenían que hacer un pacto o un juramento?

Sí, tenías que jurar esto: “Juro por el bien de mi pueblo, juro luchar hasta instaurar un régimen socialista en mi patria, juro defender a mi pueblo y dar mi vida si es preciso”. Eso decía el juramento. Entonces mucha gente decía: “prefiero no jurar”. Porque si jurabas, según esto ya no te podías echar para atrás, y si no jurabas te valía decir: “bueno, me voy”. Yo juré, era el requisito para que pudieras tener más rango, y como nosotros ya éramos capitanes segundos entonces tuve que jurar. Para pasar al grado de capitán en julio empezamos a hacer el trabajo. Yo no sabía lo que era conducir una sección y ya me tocaba conducirla. “Ah, pues órale, ya tengo mi grupo”. Ya ahí Marcos dice, “ustedes van a ser los subtenientes”. Antes de ser subteniente simplemente eres insurgente. A partir de seis meses ya no eres recluta, ya te dicen insurgente. Después cambié de categoría porque empezaron a llegar más reclutas, empezaron a animarse, se empezaron a subir a las montañas. El 17 de noviembre de 1986 Germán se decidió a visitar el campamento de “El Recluta”, y en ese campamento Marcos y nosotros lo recibimos con cincuenta o sesenta insurgentes. Germán dijo: “Bueno, ahora Marquitos vas a presentar tu examen, porque eres capitán segundo, ahora vas a presentar tu examen para ser capitán primero”. Marcos estuvo de acuerdo en presentarlo. Entonces nos juntaron a todos en una mesa, en una sala grande. El comandante Germán, que también había llegado con Lucía, dijo: “Bueno compañeros el día de hoy el capitán Marcos va a presentar su examen de capitán primero”. Le hicieron como cuarenta preguntas. El comandante Germán hacía las preguntas sobre estrategias y prácticas militares y conocimientos de las medicinas, control y prevención de algunos accidentes, conocimiento en las armas, medidas de seguridad, sobre el trabajo con las masas, en las comunidades, con qué equipo debe contar una compañía, una sección, un capitán primero. Para entonces había llegado ya la comandante Elisa, había llegado a visitarnos, y la habían citado para el examen; y al terminar Marcos, el comandante Germán se paró y lo felicitó, le dijo: “Marcos, a partir de ahorita eres capitán primero, pero con la gente que tienes no eres

capitán primero, a partir de este momento quedas con el grado de subcomandante”. Así que no duró ni un minuto con el grado de capitán primero. No le pusieron la estrella en el hombro, sino en la gorra. Ahí fue cuando Marcos tomó el grado de subcomandante, el 17 de noviembre de 1986. Entonces dijo el comandante Germán: “Entre todos tiene que haber varios capitanes, por lo menos tres. A los que habían llegado primero les tocaba ser capitanes; ellos conocían más cosas que nosotros. Después tuvieron que nombrar a tres capitanes segundos y había que buscar nuevos subtenientes. A varios nos nombraron subtenientes; había otros que sólo eran reclutas, y ya nosotros éramos subtenientes, los que nos encargábamos de la unidad.

¿Cómo fue la ceremonia para que fueran nombrados?

Se organizó un desfile militar con el pequeño grupo que había, nos llamaron a que pasáramos al frente y nos hicieron honores militares, porque nos estábamos graduando como subtenientes. En los honores militares los compañeros marchan donde estamos, nos saludaron con las armas y nosotros también contestamos el saludo. En la tarde se organizó un baile, fue una fiesta dedicada a los compañeros graduados. Después de nuestra primera graduación seguían llegando masivamente nuevos compañeros. En cuestión de meses, de septiembre a enero, ya éramos como 80 compañeros en ese campamento. Entonces ya se necesitaba mucho movimiento, había que salir a las comunidades, había que ir a dar pláticas con la gente. Ir a pasar películas, de esas películas viejas, super ocho que les dicen; se ponía una manta y se las pasábamos en las comunidades. Eran películas revolucionarias, por ejemplo: *Mujeres en armas en Nicaragua*, *La toma de Santa Clara del Che*, *El triunfo de la Revolución Cubana*, *La Revolución de Nicaragua*. Algunas películas de la Unión Soviética, de El Salvador, otras de Vietnam, como *El pueblo combatiente*. Del 7 hasta el 14 de febrero de 1987, en el campamento “El Recluta” se organizó un evento con los jóvenes; eso se hace para recordar a los compañeros que se han muerto en la lucha. Se hace en esas fechas porque en febrero un compañero murió en Tabasco, pero la traición en Nopantla fue el 14 de febrero de 1975. Entonces, como para recordar eso, hacen eventos esos días. En esa fecha llegó el comandante Germán y la comandanta Elisa. En el 87 llegó el subcomandante Pedro, pero en ese entonces era capitán segundo, y también ahí tuvo que presentar su examen para ser capitán primero. Los que éramos subtenientes

presentamos examen para tenientes. Fueron preguntas sobre el conocimiento y las habilidades que hay que tener en la sección, sobre la capacidad de maniobra de la sección, cantidad de partes y calidad de armas que debe tener un capitán o insurgente, preguntas sobre medicina, cuando alguien se desmaya qué hay que hacer, cómo hay que curar, si alguien se cae cómo hay que levantarlo, si alguien está herido de bala cómo hacer para poderlo levantar, si hay que darle agua para tomar o no; si la herida es punzante, cómo hacer para evitar algunos accidentes, cómo calcular la comida para una sección y cuántos kilos de cada cosa hay que comprar, qué materias hay que estudiar, sobre todo libros, información sobre la situación de los obreros y el conocimiento a fondo de nuestra organización... Esas eran básicamente las preguntas. Cuando terminó el examen el comandante Germán y Marcos nos felicitaron, nos dijeron que había salido bien y que había que seguir preparándose. En ese momento nos dejaron como tenientes, nos dieron otros uniformes nuevos, ya con la estrella. Después dijeron que los capitanes segundos tenían que presentar exámenes, entre ellos el subcomandante Pedro, que en ese entonces también era capitán segundo. A ellos les hicieron preguntas conforme al rango al que iban a ascender. Tardaron como dos horas también. El comandante Germán felicitó a todos los que habíamos pasado bien el examen, porque le habíamos estado echando ganas. En ese momento era importante que se recibieran cuatro de capitanes, porque ya éramos como 100 o 115 compañeros que estábamos en ese campamento. Eso fue en 1987, había un crecimiento muy rápido.

¿A qué se debió ese crecimiento?

Creo que en muchas ocasiones fue a la influencia de Lázaro, porque Lázaro empezó a impulsar mucho el trabajo de reclutamiento con el catecismo, sobre todo inculcar a la gente en la iglesia. A partir de la palabra de Dios había que meterle en la cabeza a la gente que había que pelear. Eso fue lo que ayudó mucho, y por eso mucha gente empezó a incorporarse; y también porque empezamos a salir a tomar algunas comunidades donde ya sabíamos que la mayor parte eran del EZLN y sabían de nuestra existencia. Entonces había que ir a tomar esa comunidad, había que ir a hacer fiesta, a hacer presencia con ellos, ya con uniforme, para que conocieran lo que éramos nosotros como insurgentes. Eso también ayudó mucho para que las comunidades agarraran conciencia y se fueran para el campamento, los

jóvenes sobre todo y también las mujeres, muchas mujeres se fueron a la montaña. En cada campamento el 30 o 40% eran mujeres.

¿Y les gustaba a las mujeres?

¡No, pues imagínate! Llega un insurgente uniformado con armas y les llamaba mucho la atención; querían estar con ellos. Y es lo que también atrajo mucho a las mujeres y se animaron a ir a la selva. Y esta imagen a nosotros nos atraía para ser insurgentes, también nos gustaba mucho, que tuviéramos esa atracción, queríamos ser famosos, que las mujeres hablaran de nosotros.

EL EZLN Y LAS COMUNIDADES

¿Cómo era la relación militar entre el campamento y las comunidades?, ¿había mandos en la comunidad que tenían la responsabilidad de estar en coordinación con ustedes?

Sí, también. Aunque en ese momento todavía no existía el ejército de milicianos [...] ya estamos llegando a ese momento. En ese entonces había compañeros que les dicen *primer responsable*, y ellos eran los que tenían el mando en la comunidad, y por lo tanto eran los que se encargan de controlar a la gente, de vigilar a la comunidad; cualquier información que hubiera, esos compañeros eran los que nos la llevaban. En cada comunidad tenía que haber un primer y un segundo responsables, incluso tres; entonces no eran nombrados democráticamente por mayoría de votos, sino que eran las gentes más conscientes, las más responsables en su trabajo. Las nombra el comisario político, el que hace contacto con la gente; en ese caso, si Lázaro es el que llegó primero en esa comunidad, y si llegó a conocer a las personas, pues él iba a decidir quién quedaría como primero, segundo y tercer responsables.

Estamos hablando de febrero de 1987 y que nos acabábamos de graduar, y ya estaba entrando mucha gente a formar parte del EZ. Entonces empezó a haber más movimiento, íbamos donde hay comunidades que ya sabían, el 90%, de nuestra presencia, pues ya nada más era un 10% al que había que aplacar, había que ir a tomar esas comunidades, llegar con las armas, con todo el equipo y con uniforme, a presentarse, convencer a la gente de que había que organizar un ejército que fuera a pelear por el bien de ellos. Eso es lo que se hace para

poder convencer a las comunidades, y finalmente una reunión con todos ellos, ver qué es lo que opinan y si quedaban convencidos, y si no quieren y no están de acuerdo con la lucha, que por lo menos no vayan a ir a informar a ningún otro lado, y que se traten bien, sin que maltrataran a la gente que no estuvo de acuerdo con nosotros. No íbamos a tratar de conquistar comunidades evangelistas o priistas, sólo a comunidades de la ARIC. Había comunidades que desde un principio nos dieron esas facilidades de hacer el trabajo político, y también hubo comunidades donde fue muy delicada la situación, porque había evangelistas que eran priistas; entonces ahí no se podía entrar, porque a lo mejor iban a contar inmediatamente lo que estaba pasando. Había comunidades en las que el 100% pasó a apoyar al EZ, pero también las hubo donde era el 50%, 60% o 70%, porque son gentes que salen fuera, no siempre están en la comunidad, vienen a Ocosingo y se ponen a tomar, y por eso no había que darles la información de nuestra presencia, para que no fueran a soltar la sopa cuando estuvieran borrachos en Ocosingo. En las cañadas nos apoyaron 100%, yo creo que 80% de las comunidades.

El 17 de noviembre de 1987 dio otro giro el movimiento. Germán y Marcos vieron que ya era muy grande la unidad, en el campamento de El Recluta ya éramos más de 150 gentes, ya estábamos llegando a las 200. Entonces Marcos y Germán dijeron: “Necesitamos hacer más trabajo afuera con las comunidades, y a partir de ahorita debemos empezar a entrenar a la gente, pero debemos organizarlos de tal manera que ellos puedan cumplir con su trabajo. Para eso vamos a ir a las comunidades, a formar milicias, darles entrenamiento, decirles que compren sus armas, sus uniformes, y estas gentes también nos pueden apoyar en un combate regular. No se trata de que ellos vengan a combatir con nosotros, sino que puedan defender a su comunidad. Eso es lo que tenemos que hacer, pero para eso tenemos que decidir cómo los vamos a organizar”. Después Germán nos dio todo el organigrama. Primero hay una escuadra de milicianos compuesta por seis y un cabo. Entonces hay que ir a visitar a las comunidades, ver cuántas escuadras salen de cada comunidad, y si alcanzamos un pelotón o dos pelotones –un pelotón está compuesto por dos escuadras y un sargento–, son quince. Luego dijeron: “Organicémoslos por secciones, si en una comunidad hay tres pelotones, que serían 45 milicianos, más un insurgente, que es el que mueve la sección”. Las cosas se hacían conforme a esta estructura y conforme van crecien-

do las secciones. Entonces Germán dijo: “Si en una comunidad existen 146 milicianos, entonces componen una compañía de milicias. En las maniobras el mando tiene que mover a esa compañía de milicianos”. Un capitán es el que manda una compañía de milicias y una compañía de insurgentes; y luego sigue el batallón, que está compuesto de tres compañías, que serían más o menos 450, y eso lo mandaba un mayor. Se tuvo que empezar a organizar a la gente que se incorporaba masivamente. Y sí, les gustaba que llegáramos nosotros, que los entrenáramos. Se hacía el entrenamiento de los milicianos. En la misma comunidad ellos buscaban el lugar donde poder entrenarse, no en la comunidad, sino que a una o dos horas de ahí. En las comunidades que no eran totalmente zapatistas, los de ese lugar se iban a entrenar con los de otra comunidad. Desde un principio se buscaron medidas de seguridad. Cuando iban a entrenar cerca de esa comunidad ya conocían varios caminos para poder irse para allá. Entonces puede que cinco se van a tal hora, y cinco se van en otro camino y otros cinco se van por otro lado, de manera que la gente no se sospeche nada.

¿El batallón es la unidad más grande de los milicianos?

No, sigue lo que es el regimiento. En el regimiento ya conformamos tres batallones de 450 cada uno, daba 1,200, algo así, con todo e insurgentes. Había tres regimientos; donde estaba el finado subcomandante Pedro era el primero y el quinto regimiento lo tenía el subcomandante Daniel, en Los Altos. Aunque nomás había tres regimientos, no van de manera sucesiva, uno, dos, tres, sino que pueden llamarse el octavo regimiento. Así psicológicamente cuando te preguntaban: “¿Oye, en qué unidad estás?”, tú respondías: “En el octavo regimiento”. “¡No, pues entonces son muchos!”, pensaban. Era con ese propósito que los llamaban así. Fue el momento en que tuvo más fuerza el EZ en todo Chiapas, cuando se tuvieron tres regimientos, pero eran al mismo tiempo milicianos e insurgentes. También había milicianas. Podían entrar desde los catorce, quince años, ya se aceptaban a esa edad y hasta los treinta años. Las bases de apoyo, que eran los de más edad, se encargaban básicamente de la vigilancia, pasar a avisar dónde estaban los milicianos entrenando y producir alimentos.

¿Los milicianos no dejaban de producir su milpa?

No, ellos producían también. A diferencia de los insurgentes, que ya no trabajaban en la milpa. Era mucho el esfuerzo que tenían que hacer

las comunidades para hacer la comida de todos los insurgentes, mucho gasto económico; ¡imagínate!, 350 hombres que hay que estar manteniendo todo el año, como por cinco años, fue un esfuerzo muy grande. Hay que estar mandándoles pinole, tostadas para que estén entrenándose ahí en la montaña. Esto contribuyó a empobrecer a la gente en la región, influyó mucho en eso, porque yo cuando entré mi papá tenía buenos animales, cafetales y sólo porque él trato de quedar bien con el jefe, vendió sus animales para poder comprar arroz, para que cuando llegáramos tuvieran algo de comer y que no muriéramos de hambre. Cuando empezó este movimiento mucha gente producía café, cuarenta, sesenta, hasta 140 bultos en las cañadas, y cuando vino todo esto, a la gente se le fue olvidando su cafetal. Se fueron “enmontando”. Ya no podían; y descuidaron mucho sus trabajos. Eso ayudó mucho para que se fuera para abajo la producción de café, cuando estaba mejor el precio. ¡Imagínate!, antes podía entrar en avioneta la gente y sacar en avioneta sus cosas, sacar a sus enfermos. Cuando pasó todo esto la gente se quedó totalmente pobre, ni en carro puede viajar la gente, porque no tiene nada, porque la gente abandonó mucho su trabajo. En esos cinco años no crecieron económicamente, sino que se fueron para atrás.

¿Qué otras formas de financiamiento tenían?

Bueno habían varias cosas. En la casa de seguridad en San Cristóbal, cuando fue avanzando, hubo un taller donde reparaban radios, un taller de zapatería donde reparaban y producían zapatos; de costura, de carpintería, se ponían a hacer ropa, uniformes y se vendían a los milicianos; los zapatos también se vendían con las milicias y los radios se vendían con la gente. Se traían las piezas de otro lado y ahí se armaban para poder venderlos en la selva. También se fabricaban antenas, pues de hecho el EZ es el que puso de moda la comunicación por radio, y también se diseñaron algunas antenas, antenas bonitas que llegan más lejos. La caja donde se guardaban y administraban todos los recursos del EZLN fue el banco, porque nosotros íbamos a la comunidad y vendíamos a los milicianos tantas armas, tantas balas, tantos radios, tantas baterías, tantas mochilas, tantos uniformes; de ahí llegábamos a San Cristóbal y le decíamos a Yolanda: “Aquí está el dinero. Yo vendí tanto, aquí está mi lista de venta. A estas comunidades les debo tantos uniformes, tantas balas, tantas baterías, tantos radios, tantas armas y por eso yo te entrego el dinero”.

“¡Ah bueno!”, decía Yolanda, y tomaba el dinero y se iba al banco. En ese entonces, cuando las armas estaban a 1,300 pesos en Estados Unidos, aquí las dabamos a 2,600, a 2,500 para que pudiéramos sacar ganancia.

¿Cada quién escogía el arma que quería?

No, el único que repartía armas era Marcos. Aunque yo fuera el jefe del batallón, Marcos me iba a decir: “Sabes qué, tienes diez armas que llegaron para tu compañía. El que es un compañero muy disciplinado, que cumple bien, a ese muchacho le vas a dar la mejor arma que se pueda”. Los milicianos tienen que comprar sus armas y pueden elegir una bonita si la pueden pagar. Eso no es ningún problema, porque ellos la van a pagar. Hay gentes que les gusta comprar y que tienen pistolas, que tienen armas. Hay algunos que no tenían dinero, y esa gente, que era la mayoría, fueron los que no pudieron conseguir ninguna. También había otras fuentes de financiamiento: los maestros también empezaron a cooperar un poco para el EZ, los maestros bilingües que trabajaban en la educación primaria. En ese entonces les empezamos a hacer llegar también *La verdad de los obreros*, ya también la repartíamos acá. Y con base en eso fuimos convenciendo a los maestros que venían de la comunidad: hubo maestros de Las Cañadas y otros que trabajaban en Tila o Sabanilla. Ellos tenían a sus responsables que tenían que convencer al resto de los maestros, porque se conocían muy bien. Estos responsables juntaban la cooperación para mandarla al EZ, para comprar balas y uniformes. Para que esa gente pudiera confiar también la teníamos que llevar al campamento, tuvieron que ir a conocer los desfiles militares, para que se convencieran de que su dinero no se estaba quedando en ningún otro lugar.

¿Se canalizaban recursos de los programas de gobierno a la compra de armas?

Para ese entonces todavía no existían los proyectos, casi no había proyectos, por ese lado casi no influyeron, fue muy poco. La clínica de Ibarra fue a través de la cooperación de la gente. Sí, la gente tuvo que cooperar para que se hiciera esa clínica. Ya sea con una o dos hojas de lámina en tal comunidad, pero tuvieron que aportar algo. Así fue como ayudaron. Si un día llegó a existir esa clínica fue por la iniciativa de Marcos, que convenció a la gente para que hiciera la

obra. El Tatic apoyó en lo que es la bendición, pero no en lo económico. Cada día llegaba la gente a decir: “Mi comunidad aportó mil pesos para la compra de tantas hojas de lámina; ahí están quinientos pesos para la compra de lo otro”. Entonces se juntaba el dinero con Lázaro, y se venía a la ciudad a comprar todo. Todo lo hacíamos nosotros. En lo que es trabajo del EZ acá no lo tocaban para nada los comandantes. Lo que es del centro era trabajo de los viejos: de Germán, Elisa, Rodrigo, y el norte también. Pero lo que era el frente suroriental, eso era bronca de Marcos y Yolanda en todo: medicina, armas dinero, seguridad. Por ejemplo, Marcos decía: “Vamos a necesitar tanta propaganda para esto. Rodrigo ahí está el dinero para esa propaganda, te ayudamos con eso pero sácanos la propaganda. Que necesitamos tantos equipos, ustedes hagan el favor de conseguirlos y ahí está la cantidad de dinero necesaria”.

Se dice en algunos libros que cuando Marcos entró en contacto con las comunidades empezó a aprender elementos de democracia y cultura indígena. Por ejemplo, se asegura que él aprendió a “mandar obedeciendo”. ¿Es verdad?

No, es propaganda, porque Marcos lo único que vino a hacer fue a decidir lo que tenía que hacer la gente, le gustara o no le gustara, pero la gente tenía que hacer lo que Marcos dijera, y nunca cambió. Marcos decía: “El comandante, que de hecho era él, es el que dice la última palabra”. Nunca los indígenas le dijeron: “Bueno, Marcos, vas a hacer las cosas de esta manera”, no. Aunque estaba el Comité Clandestino Indígena, el que daba la última palabra era Marcos. Nunca vi que le preguntara a una comunidad: “Bueno, ¿cómo quieren que hagamos esto?” ¡No! Desde un principio a mí y a todos nosotros nos dijo: “En esta guerra la democracia no sirve, en esta situación la democracia no funciona, porque tampoco voy a preguntar quién está de acuerdo, o quién no está de acuerdo con lo que hacemos”. Entonces, pues yo nunca vi un momento en el que Marcos hubiera hecho alguna vez eso de “mandar obedeciendo”.

¿Por qué se disciplinaba la gente, qué pensaba de que Marcos mandara, no le chocaba que la mandara un ladino?

No tanto, porque la gente quería una lucha, una guerra donde ellos tuvieran un cambio de vida y todo eso. La gente se convenció y en relación con esto pensó: “Tenemos que ser más conscientes: Marcos,

que ha tenido más y que está más preparado, está metido aquí como nosotros, está viviendo en peores condiciones que nosotros. ¡Imagínate estar allá por nosotros! Y muchas veces si alguien se levantaba y decía, “bueno, es que me cae mal”, le respondían: “Pero tú estás en tu casa, aquél sí está metido en la montaña, él está viviendo en las peores condiciones, y no dice nada. ¿Por qué te choca?” “Bueno, es que está tomando el dinero”. “¿En qué forma está tomando el dinero?”, decían. Si él vive en las peores condiciones en la montaña, no se está haciendo rico; por el contrario, está comiendo más jodido, en cambio cada día tiene mejores armas, cada día tiene más gentes uniformadas”. Con eso, ¿quién quería hablar?, aunque hubiera un poco de crítica. Por eso mucha gente no se molestó. Pensaban que se estaba sacrificando por nosotros y que tenía una verdadera intención de ayudar; así se entendió la disciplina.

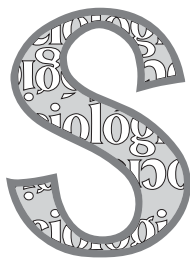
Según la opinión de muchos, Marcos cambió algunas costumbres que había, como la del matrimonio: ahora al que tenían que pedir permiso para casarse no era a los padres de la muchacha, sino a Marcos.

Con los milicianos no. Sólo con los insurgentes. Pero ahí el problema era que hasta yo, como mayor, ya podía autorizar a un insurgente a casarse o no, pues con mi responsabilidad yo era el que conocía cómo estaban las muchachas, quién tenía novio y quién no, qué muchacha se estaba cuidando para no tener hijos y cuál no se cuidaba. Hasta en eso había que estar pendiente, por cualquiera de esos cabrones que fuera a tener relaciones con alguna de las muchachitas, y al rato ya salían con panza. Entonces había que cuidarlas de eso. Y de repente llegaban: “Mayor, yo quiero pedir permiso, no sé si puedo hablarle a esa muchacha”. Hay que darle permiso para que ese muchacho ya no tenga miedo, porque si no, al rato va y se esconde. Esa autorización era con una plática de métodos de control familiar, para que la mujer no quedara embarazada. Y si no había enfermera nosotros mismos teníamos que hacer ese trabajo.

También cambió las costumbres de quienes eran los jefes, quitó el respeto a los catequistas, a las asambleas. La asamblea general era una costumbre fuerte y después, con lo de los milicianos, los mismos viejos tenían que obedecer a los responsables, a los mandos: la asamblea ya no era la autoridad. Ahí sí hubo un cambio muy importante; se acabó la democracia por el mando de los jefes. Por ejemplo,

si la comunidad no se llevaba con alguien y si a ese alguien lo dejaban de responsable, tenía que ir de todas formas a echarle la mano a ese responsable, le gustara o no le gustara, porque él era el responsable y Marcos le daba su cargo.

¿Si alguien era miliciano iba a ser el jefe de los que reclutaba después?
Sí, pero eso se acabó cuando vino la formación de los milicianos, porque en un principio así era, pero ya cuando aparecieron los milicianos fue de otra manera. Podía haber un compañero sin tener primaria que conoció primero la organización, y puede que al último conocieran a Pánfilo, y ese muchacho sí había terminado la secundaria o la prepa; entonces estaba más preparado que cualquier otra gente; a veces hasta sabía marchar, porque ya había cumplido su servicio militar o lo estaba haciendo, así que ya no había que batallar. Ese conocimiento había que aprovecharlo, dejarlo a él como responsable. Podía tomar las notas; si había que hacer tal ejercicio él me lo iba a dirigir ya siempre, porque no batallaba para hablar el español y podía decir y ordenar a la gente más fácilmente. Ahí es donde se cambió totalmente y donde empezaron los celos: “¿Cómo es posible que ahora ese cabrón me viene a mandar si apenas entró?” O más aún: “Es un muchacho que yo lo vi nacer y ahora me viene a dar órdenes acá!” Antes los ancianos eran autoridad, y ahora ya no la tienen. Les tuvimos que quitar esa costumbre, después ya tenían que obedecer a los chamacos más preparados. Se fueron para abajo los principales jefes, eso no les gustó. Antes tenían el poder, y se acabó.



BIBLIOGRAFÍA

- Baschet, Jérôme
2005 *La rébellion zapatiste*, Flammarion, París.
- Bataillon, Gilles
2005 “De Sandino aux contras”, *Annales, Histoire, Sciences Sociales*, núm. 3, mayo-junio.
2003 *Genèses des guerres internes en Amérique centrale, 1960-1983*, Les Belles Lettres, París.
- Le Bot, Yvon y Maurice Najmann
1997 *El sueño zapatista*, Plaza & Janés, Barcelona.
- Legorreta, Carmen
2004 *Organización y cambio en las haciendas y comunidades agrarias de los valles y cañadas de Ocosingo, Chiapas, 1930-2004*, tesis presentada en la Universidad de Toulouse Le Mirail.
1998 *Religión, política y guerrilla en las cañadas de la Selva Lacandona*, Cal y Arena, México D. F.
- Levi, Giovanni
1989 *Le pouvoir au village*, Gallimard, París.
- Meyer, Jean
2000 *Samuel Ruiz en San Cristóbal*, Tusquets, México D. F.
- Pécaut, Daniel
1987 *L'ordre et la violence*, Editions de L'EHES, París.
- Revel, Jacques
1996 *Jeux d'échelles*, Gallimard-Le Senil, París.
- Rus, Jan
1995 “La comunidad revolucionaria institucional: la subversión del gobierno indígena en Los Altos de Chiapas, 1936-1968”, en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (coords.), *Chiapas: los rumbos de otra historia*, Centro de Estudios sobre México y Centroamérica, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad de Guadalajara, México D. F. (reeditado en 1998).
- Tello Díaz, Carlos
2000 *La rebelión de Las Cañadas. Origen y ascenso del EZLN*, segunda edición revisada, Cal y Arena, México D. F.

Viqueira, Juan Pedro

2002 "L'autre bibliographie sur les indiens du Chiapas", *Cahiers des Amériques latines*, Institut des Hautes Études de l'Amérique latine, Paris, col. "La Documentation française". Existe versión en español, en Juan Pedro Viqueira (ed.), *Encrucijadas chiapanecas*, El Colegio de México-Tusquets, México D. F., 2000, pp. 417-435.